

ca en Unamuno (“A Question of Ethics: Exploring Issues of Right and Wrong in Unamuno”), que estudia este tema fijándose en los puntos de contacto entre la narrativa y la filosofía del autor. Asimismo, Gareth Wood emplea las reflexiones unamunianas sobre el tema de la envidia, que se elevan a estudios filosófico-antropológicos, para estudiar la presencia del tema del yo y el otro en la narrativa del escritor bilbaíno, con un peso especial para *Abel Sánchez* (“The Necessary Enemy or the Hated Friend: Self and Other in Unamuno”). Un tema aparentemente muy diferente, pero con indudables conexiones con este, es el de la sexualidad. Julia Biggane lo estudia teniendo en cuenta la distinción entre género y sexo y fijándose en textos que la examinan en personajes ambiguos o incluso andróginos, amén de en figuras opuestas (especialmente padres e hijos) (“From Separate Spheres to Unilateral Androgyny: Gender and Sexuality in the Work of Unamuno”). Por último, y antes del artículo sobre la literatura de viaje arriba referido, Julia Biggane vuelve a colaborar en el volumen con un trabajo escrito en colaboración con J. A. Garrido Ardila. Es un artículo que estudia otro tema que aparece en varios trabajos del libro: la indudable influencia (y presencia) de Cervantes en la obra, estética y pensamiento unamuniano (“Quixotic Unamuno: Cervantes in Unamuno’s Thought and Fiction”).

En suma, estamos ante un libro valiosísimo. El *Companion to Miguel de Unamuno* desempeña maravillosamente la función que pretende: proporcionar una introducción panorámica a la obra de Unamuno. Lo consigue gracias a una estructura muy apropiada y a un estilo

diáfano que resulta especialmente de agradecer dada la abstracción y profundidad de muchos de los temas tocados. Además, la combinación de expertos de diversos dominios (literatura y filosofía) y de sistemas universitarios diferentes (Reino Unido, España, Italia, Francia) resulta muy enriquecedora. Es más, y como elogio final, resaltemos que la clarividencia de todos los autores permite que gracias a este *companion* el lector se oriente no solo en la magna obra del escritor bilbaíno, sino también en lo que la crítica ha producido sobre la misma, lo que hace del libro un volumen utilísimo tanto para estudiantes como para iniciados o filólogos profesionales. Los amantes de la obra de Unamuno están de enhorabuena: ya tenemos *companion* para guiarnos por sus profundidades, y además es inmejorable.

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
(UNIVERSITÉ DE NEUCHÂTEL)

Andrew A. Anderson: *El momento ultraísta. Orígenes, fundación y lanzamiento de un movimiento de vanguardia.* Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert, 2017 (La Casa de la Riqueza. Estudios de la Cultura de España, 39) 778 páginas.

Andrew A. Anderson, el autor del volumen aquí comentado, goza de respeto intelectual y de merecido renombre en los ámbitos académicos, tanto por su labor docente en las universidades de Oxford, Michigan y Virginia, como por sus numerosas publicaciones a lo largo de casi cuatro decenios.

De entre ellas sobresalen en número las relacionadas con Federico García Lorca, pero últimamente se ha ocupado en profundidad y con destreza de diversos movimientos de vanguardia. Por un lado, ha escrito una monografía sobre la época vanguardística de Gecé (*Ernesto Giménez Caballero: The Vanguard Years, 1921-1931*; 2011). Por otro, ha vuelto su mirada a *La recepción de las vanguardias extranjeras en España: cubismo, futurismo, dadá. Estudio y ensayo de bibliografía* (tal el título de trabajo de un volumen que está escribiendo; algún adelanto apareció ya en un *Handbook* del futurismo). “Generación del 27”: ese sintagma ya no podrá ser pensado sin tener en cuenta el minucioso estudio y la discriminación conceptual que ha propuesto Anderson en un libro en más de un sentido emparentado con el que aquí se comenta: *El veintisiete en tela de juicio* (2005). El subtítulo ayuda a comprender en qué consiste el parentesco: *Examen de la historiografía generacional y replanteamiento de la vanguardia histórica española*. Anderson investiga allí, entre otras cosas, el surgimiento de la “Generación del 27” y, sobre todo, su auto-entronización, pero lo hace como con una lente de aumento, que realza aspectos relevantes del proceso no considerados hasta ese momento, o no sopesados en su justo valor.

La monografía que ahora nos ocupa es la primera en su tipo. El enfoque es novedoso, y grande la solvencia con que ha sido puesto en práctica. No creo exagerado afirmar que servirá de acicate y hasta de modelo para el estudio de otros movimientos de avanzada, también de otros países. Si bien es cierto que hubo ya varios trabajos sobre el Ultraísmo, ninguno tra-

tó el tema con tanto y tan sagaz detalle. El primero en ocuparse con acucia del tema fue un protagonista del movimiento, Guillermo de Torre, en los capítulos pertinentes de su magna ópera: *Literaturas europeas de vanguardia*, 1925. El libro de Manuel de la Peña, aparecido también en 1925, es menos importante, a pesar del engañosamente prometedor título: *El Ultraísmo en España*. Puede decirse, por ello, que la primera monografía dedicada completa y únicamente al Ultraísmo es la de Gloria Videla (1963, con reediciones). La última obra relevante hasta ahora había sido la de Victoriano Alcantud (*Hacedores de imágenes. Propuestas estéticas de las primeras vanguardias en España, 1918-1925*, 2014), también de indudable mérito, pero con otras intenciones, un marco más amplio y un *approach* muy diferente⁸. La única parte del libro de Anderson que quizás ocasione algún problema al lector es el título. En castellano no es muy familiar el juego de palabras entre “moment” y “momentum”, que sí es usual en inglés. En una versión previa, Anderson explicaba así la intención perseguida, cómo deseaba que el lector entendiera el término: “Mi título [...] aprovecha el doble sentido de la palabra ‘momento’, como instante y también como ímpetu o impulso”. No encuentro ahora esa frase en la versión definitiva del libro, sino esta: “La meta principal es historiar la fase inicial del Ultraísmo, empezando con los años inmediatamente anteriores, pasando por su fundación y lanzamiento, y llegando hasta su primera consolidación, a un

⁸ Al respecto, véase la reseña de Pablo Rojas en *Revista de Literatura*, vol. LXXVIII, nº 155, Madrid, enero-junio de 2016, pp. 300-301.

año de su nacimiento. Mi título refleja este énfasis” (p. 11).

Los límites temporales que clásicamente se atribuyen al movimiento Ultraísta se extienden de 1918 a 1925 (tal, por ejemplo, el período acotado por Alcantud), si bien el término mismo, o alguna de sus variantes, fue acuñado ya tempranamente, hacia 1916-1917, por Guillermo de Torre. Anderson, por su parte, prefiere concentrar la atención sobre un lapso más restringido, según consta al comienzo de la Introducción, donde explicita así los motivos de su elección:

Desde hace muchos años me preocupa la cuestión de lo que —a falta de un término mejor— he dado en llamar el “cambio literario”, es decir, esos momentos especiales en la historia literaria cuando una modalidad antes dominante está cayendo rápidamente en desuso o, por lo menos, en descrédito y, simultáneamente, una nueva modalidad distinta está emergiendo. En parte, pues, por la imposibilidad de abarcar en un solo volumen la historia completa del Ultraísmo, y en parte también por este enfoque particular, he optado por concentrarme en el nacimiento y la infancia del Ultraísmo, y más específicamente en los años que corren desde 1916 hasta 1919 (p. 12).

Acerca de los fines perseguidos con su libro, acota Anderson:

Mi propósito aquí ha sido combinar la evocación de unos acontecimientos insertos en una época con la ecuanimidad y la distancia objetiva de un historiador literario.

Al mismo tiempo el tomo tiene varias metas secundarias. Una de ellas sería contribuir, aunque sólo sea modestamente, al estudio del fenómeno de la vanguardia

histórica europea [...]. Otra sería aportar datos a la investigación de los orígenes de la vanguardia en España. Y la tercera sería una indagación, bajo la tutela teórica de Pierre Bourdieu, sobre cómo se ha escrito la historia del Ultraísmo hasta aquí, ya que las versiones más conocidas y más influyentes suelen ser precisamente las de algunos de los principales actores (pp. 11-12).

Ya en el mencionado volumen *El veintisiete en tela de juicio* había recurrido Anderson a Bordieu, explicitando allí con más detalle por qué y en qué sentido la aproximación del francés al campo literario le parece fructífera (véanse pp. 323-333). Puede afirmarse que Anderson logra los objetivos que se ha propuesto. En el prólogo a *Fervor de Buenos Aires* (1923), dijo Borges: “Esto —que ha de parecer axioma desabrido al lector— será blasfemia para muchos compañeros sectarios”. En esa frase he debido pensar al leer lo que Anderson deja sentado al comienzo de la Introducción: “Este es un libro impenitentemente histórico, de metodología esencialmente positivista”. Ante tanta visión de conjunto que yerra penosamente en los detalles, el lector escrupuloso agradece la actitud de Anderson, positivista, pero nada ingenua.

Anderson hace gala de un buen conocimiento y de un buen manejo de las fuentes para estudiar lo que se propuso someter a escrutinio, tanto la producción de los autores ultraístas, como la recepción crítica y el eco que recibieron en su época. Suma a ello su atención a las relaciones dentro del grupo, a las “simpatías y diferencias” entre sus adeptos, que incluye considerar, por primera vez en esta gran medida, los reveladores epistolarios entre sus miembros que han sido publi-

cados últimamente. Es difícil organizar y dominar el material de un libro de casi 800 páginas. El autor lo logra sirviéndose para ello de una inteligente e idónea estructura.

Otras monografías al uso pecan de ingeniosas a costa de la inexactitud de detalle, o del mero desconocimiento de algunos contextos. Esta va por un sendero inverso: el escrutinio tiene lugar con *ralentisseur*. Coincido con el autor en considerar que solo así se puede extraer de los documentos la savia que contienen.

La Introducción (pp. 11-49) pasa revista a la historiografía del movimiento, discute la noción de vanguardia y explica la metodología a seguir; sirve como compás para la mejor comprensión de la estructura del volumen. Tras la introducción, Anderson pasa a estudiar el papel de algunos personajes de la época, “Los protagonistas”: Rafael Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Vicente Huidobro, así como algunos poetas menores del Ultraísmo. A los nombrados se dedican en total las pp. 51 a 333. Ya la cubierta del libro habla a las claras de la concentración en esas cuatro figuras. Menos sobria y elegante que otras de la editorial, cumple sin embargo el propósito de resaltar la importancia de los nombrados. Quien recuerde el papel otorgado por Guillermo de Torre en 1925 a Juan Ramón Jiménez, eche quizás de menos su retrato en la cubierta o un capítulo en el libro. Ello implicaría desconocer dos cosas: que Torre, por un lado, incluyó a Jiménez en su trabajo más que nada por razones estratégicas, para aprovecharse de su prestigio y valorar así al movimiento, y que Juan Ramón se enfureció al leer los párrafos

que Torre le dedicara, por considerarlos absolutamente improcedentes (tal surge de una carta al parecer no enviada, recogida ahora en el epistolario de Jiménez). Anderson no incurre en ninguno de esos errores.

El trato detallado que se dedica a Ramón se justifica por el papel prevanguardístico por él desempeñado (recuérdese el *dictum* de Víctor García de la Concha acerca de Ramón como representante de una “generación unipersonal” de la vanguardia). Los demás autores mencionados, formaron parte del movimiento y teorizaron sobre él (Cansinos, Torre) o acicatearon su fundación, quizás sin quererlo y seguramente sin compartir algunos de sus supuestos teóricos o sin gustar de sus realizaciones (Huidobro). Al hablar de los orígenes del Ultraísmo, Anderson dedica pues sendos apartados a Cansinos y a Torre, así como uno a Huidobro, “modelo y estímulo”. A continuación, Anderson estudia minuciosamente la fundación y el lanzamiento oficial del grupo, acompañado por entrevistas, manifiestos, veladas y escándalos, pero también por un “relineamiento de las revistas”. Aunque publicaron en órganos afines al movimiento, Gerardo Diego y Juan Larrea formaron un grupo aparte, o un subgrupo, y por eso les dedica Anderson un capitulillo (“La periferia independiente”).

Los últimos capítulos estudian en detalle el contenido de algunas revistas señeras del Ultraísmo de hasta 1919: *Cervantes*, *Grecia*, *Cosmópolis*, *Perseo*, *Ultra* (Oviedo; se echa de menos *Ultra* de Madrid, pero ello ocurre debido al periodo al cual se constriñe Anderson). El cuerpo principal del libro cierra con un Epílogo en el cual el autor hace un balance de lo ocurrido

hasta fines de 1919, y echa una mirada hacia el futuro. Sin embargo, a continuación hallamos en las pp. 671-693 algunos apéndices sumamente útiles, en especial el relacionado con “El mundo artístico”, donde se estudia la obra que algunos artistas extranjeros (sobre todo polacos) realizaron en España: Wladysaw Jahl y Marjan Paszkiewicz. Los artistas españoles tratados son Celso Lagar, Daniel Vázquez Díaz, Francisco Mateos, Francisco Bores. También se ocupa Anderson del uruguayo Rafael Barradas y de la argentina Norah Borges. Otro apéndice útil es el que contiene la fecha y el texto completo de la famosa entrevista que Xavier Bóveda hizo a Cansinos a fines de 1918.

En líneas generales puede afirmarse que el presente volumen marcará un hito muy importante en el estudio del tema tratado: será por mucho tiempo el manual de referencia. No solo porque es un resumen difícilmente superable de lo ocurrido en la etapa fundacional del Ultraísmo, sino también por la cantidad de datos que aporta acerca de todos los involucrados.

En la Introducción (pág. 13), dice Anderson acerca de la selección de autores que Juan Manuel Bonet hace en su libro *Las cosas se han roto. Antología de la poesía ultraísta* (2012): “El proyecto es muy ambicioso, e incluye muestras de la poesía de un total de 60 autores. Unas mínimas omisiones, aunque no obstante curiosas, son las de Correa Calderón o los hermanos Romero Martínez. Por otro lado, los criterios de selección a veces podrían parecer demasiado generosos”. Por su parte, Anderson propone un canon de “poetas ultraístas”, que dará seguramente pie a una benéfica discusión (pp. 111-121):

el problema fundamental que se presenta es la dificultad de establecer los criterios exactos que demarquen la categoría de “poeta ultraísta”. En otras palabras, aunque es fácil aplicar esta etiqueta a figuras como, por ejemplo, José Rivas Panedas o Tomás Luque, otros escritores son más pasajeros, por así decir, entrando en el grupo y luego saliendo de él, y aun otros pueden considerarse más bien como allegados, operando en los márgenes del grupo, colaborando de vez en cuando en alguna revista, pero no necesariamente convencidos del credo y de la misión del Ultraísmo.

En lo que sigue, voy a procurar ser más inclusivo que exclusivo, dando información no solo sobre los miembros centrales del grupo, sino también sobre poetas menores y simpatizantes periféricos (p. 111).

Sigue una lista que contiene en total 53 nombres, y otra con ocho nombres, de “poetas próximos a la tendencia, pero que no podemos considerar como dentro de ella”. Para inaugurar la discusión considero que sería posible y quizás necesario cambiar de lista a alguno de los nombrados. No me parece idóneo que se incluya en la primera a algunas personas que apenas han publicado algo en cierto órgano ultraísta, mientras que otros son condenados a la periferia a pesar de la proliferación de contribuciones. Tomo a Gerardo Diego como ejemplo: si bien este representaba un ala *sui generis*, no es menos cierto que el sincretista Ultraísmo podía contarle entre los suyos, aunque fuese a pesar del santanderino, siquiera por su participación en los órganos más relevantes del movimiento: *Cervantes*, *Grecia*, *Vltra* (Oviedo), *Reflector*, *Ultra* (Madrid), *Tableros*, y sus sucesores *Horizonte*, *Vértices* y *Alfar*.

No puedo cerrar el comentario sobre este libro sin encomiar la bibliografía final (pp. 695-759): contiene un enorme acervo de información, tanto de la época estudiada como sobre ella, y considera títulos aparecidos hasta finales de 2016.

CARLOS GARCÍA
(HAMBURG)

Sergio Ugalde Quintana / Ottmar Ette (eds.): *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2016 (Bibliotheca Ibero-Americana, 162). 344 páginas.

Un libro titulado *Políticas y estrategias de la crítica* y editado por los profesores Sergio Ugalde Quintana y Ottmar Ette se recomienda él solo; tanto más si se da un vistazo a los “actores” que se estudian en ese marco: Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Severo Sarduy, junto con filólogos como Rodolfo Lenz y Pedro Henríquez Ureña, y figuras contemporáneas como Bolívar Echeverría y Mario Vargas Llosa, entre otros. Valga además este elenco para mostrar algo que no figura en el título, sino que se desprende de la colección (Bibliotheca Ibero-Americana) en que se incluye el libro: que se trata de ideología, historia y actores de los estudios literarios... en Iberoamérica o, como parecen preferir los editores y los demás autores, en Latinoamérica.

El material cubierto por el volumen no puede evitar ser algo heterogéneo, lo cual se advierte al lector y a la vez se remedia parcialmente con la constitución de tres secciones: I) Teoría y crítica; II)

Filología y crítica; III) Creación y crítica. Desde el punto de vista de los géneros académicos, las contribuciones van desde el ensayo teórico al anecdótico, pasando por la erudición bibliográfica y el análisis estilístico. Más allá de las individualidades, es una obra de interés para todo aquel que se interese por la reflexión sobre los fundamentos epistemológicos de los estudios literarios y por la manera como la crítica, la historia y el ensayo configuran imágenes del acervo cultural. Esta reseña quisiera destacar algunas ideas y líneas maestras y, desde luego, invitar a leer *Políticas y estrategias de la crítica*.

Lo primero que hay que celebrar en este libro es la reflexividad metodológica acerca de conceptos fundamentales, una especie de ascensión semántica por la cual se deja de hablar *en* ciertos términos y se pasa a hablar *sobre* ellos. El caso más conspicuo, en principio, es el del término “barroco”. Las contribuciones de Carlos Oliva Mendoza y Gustavo Guerrero no continúan la tradición de Severo Sarduy y Bolívar Echeverría, sino que la analizan, y con ello eliminan la idea de lo barroco o neobarroco del *explicans* y lo sitúan en el *explicandum*. Sin embargo, la ruptura entre los dos niveles discursivos no es completa, pues el uno se pregunta lo que el barroco puede aportar al discurso crítico contemporáneo (Oliva, p. 98), y el otro encuentra en las teorías del neobarroco “un formidable ejemplo del papel que las Humanidades han cumplido y pueden seguir cumpliendo como gestoras críticas de la memoria en el campo del saber” (Guerrero, p. 114).

Claro está que la reflexión metodológica más importante es la que afecta a la propia idea de Latinoamérica o de lo lati-